

# Lo que vale para los indígenas

---

*Carlos Bravo, sj.<sup>†</sup>*

A partir del 1º de enero de 1994, apareció otro actor social en la escena nacional: los indígenas. Aunque nos llamaron la atención al principio por las armas, después de años, más bien siglos, de ser ignorados, no han sido las armas lo que los ha mantenido en el primer plano político y social de México sino sus palabras. A través de ellas, inspiradoras, cuestionadoras, profundas, a veces de humor, a veces cortantes como navaja, siempre frescas, han logrado convocar un movimiento generalizado en el país. Por primera vez en más de cien años, se han constituido en verdaderos sujetos de un diálogo.

Las dificultades mayores del diálogo han venido de parte de los "de razón", como se designa a los blancos en algunas etnias indígenas. Quienes han podido seguir de cerca las peripecias de los diálogos de San Andrés Sakam'chen se han podido percatar de las dificultades nacidas del desconocimiento e incomprensión que tenemos de su manera de entender el mundo, la realidad, los hombres, el hambre, Dios.

Los indígenas de Chiapas han hablado varias veces de sí mismos como los hombres y mujeres verdaderos. Esta manera de comprenderse es compartida por la mayoría de las etnias. Y no por soberbia. Hay en la cultura indígena la clara conciencia de una vocación a construir convivencia y paz sobre la verdad, para lo que es menester

---

<sup>†</sup> Carlos Bravo Gallardo, sj. Falleció en México el 29 de octubre 1997.

superar el engaño, encontrarse con el otro, persona o grupo, en una gran transparencia. Esto resulta novedoso para una cultura que, como la nuestra, ve la política como algo muy ligado a la oscuridad, al engaño, a la falta de autenticidad en la palabra dada. La cultura indígena nos ofrece un aporte que puede ser decisivo para el futuro no sólo de nuestro país sino de la humanidad entera.

No hay nadie que haya tenido tal capacidad de convocatoria a la sociedad, que haya podido lograr consensos jamás imaginados. Paradójicamente, son los discriminados por cinco siglos los que han despertado a México y le ofrecen posibilidades de reencontrarse con su identidad verdadera y desde ahí imaginar los caminos de salida. Siempre se les ha tenido, de hecho, como inferiores y menores, como poca cosa en la historia. Pero su atrevimiento nos ha hecho reconocer que no lo son; que así como son nuestro pasado son también nuestro único futuro, y que no podemos ni debemos buscar otro; porque sería vano de nuevo; porque seguiríamos enajenados; porque nos traicionaríamos a nosotros mismos.

Pero la respuesta del gobierno ha sido la prepotencia, la burla, la guerra de baja intensidad, la ocupación disfrazada de los pueblos indígenas, la cárcel, las amenazas, la intimidación. ¿El Estado dialoga, o simplemente finge hablar mientras prepara la represión?

Ante estas realidades que van siendo cada vez más evidentes desconcierta el que un buen número de analistas e intelectuales y, desde luego, los hombres del poder político y económico, parecen no entender lo que sucede. Se cierran porque no pueden aceptar que la vida pueda venir del pasado; porque no creen en la verdad de la cosmovisión humanista de los Pueblos Indios. Siguen sin aceptar que los indígenas son pueblos con una cultura tan valiosa como la nuestra, con una filosofía de la vida quizá mejor, por originaria, ante las importadas y veleidosas que van y vienen por la ambición de poder al viento de la moda.

Ellos nos ofrecen una visión de la vida en la que todos tienen lugar y nadie es discriminado; una identidad real, no imaginaria, para la conciencia mexicana; una creatividad para encontrar caminos donde parecía imposible; una resistencia secular ante los obstáculos más diversos; una posición ante la vida y la muerte, libre y sin tiempos, que los hace capaces de entregar la vida.

Eso explica la audacia que han tenido de retarnos a ser hombres y mujeres verdaderos, a mandar obedeciendo, a ser hermanos y encontrar consensos, a vivir y ser felices compartiendo, a decir "¡Ya basta!" aunque la vida vaya de por medio.

Este artículo pretende servir de puente entre la mentalidad occidental y la indígena, ayudando a entender esta última de manera que se le haga justicia.

### ¿Qué es la autoridad?

Su manera de entender el poder, la autoridad está más cerca de la verdadera experiencia humana que muchas de las formas de autoridad que privan en nuestro mundo.

Por ejemplo, la palabra *guarura*, del tarahumar, designa al que es grande por su capacidad de servir, probada a través de una historia de servicios reales a la comunidad. No es un título que designe algún cargo concreto. Denota un modo de haber servido y de seguir sirviendo al pueblo.

Ese término lo hemos comprimido torciéndole su sentido para designar al poder arbitrario e injusto de policías deshonestos. Pero no se ha corrompido sólo la palabra. Se ha corrompido la realidad. El servicio a la comunidad se ha convertido en el servicio al interés propio, aunque se conserva el discurso mentiroso, que ya no dice nada, de pretender el servicio a los demás. *Mandatario* es quien ejecuta el mandato de otro, del mandante. Mandatario de la Nación sería, pues, el que recibe un mandato de la Nación, no quien manda sobre ella. Esa es la teoría. La palabra *autoridad* viene del latín *augere*; autor es quien hace que los otros crezcan.

Pero eso que se ha perdido en nuestro mundo occidental, sigue siendo realidad entre las etnias y naciones indígenas, concretamente entre los tseltales. La autoridad nunca es conquistada sino que hay que adquirirla, y eso se logra precisamente sirviendo. Al grado de Principal se llega sólo después de que se ha servido al pueblo en todos los grados. De quien tiene un cargo se dice que "tiene trabajo en el pueblo", pues es clara la conciencia colectiva de que tener un cargo (policía, sacristán, regidor o presidente municipal, o el que sea) es responder de un servicio a la comunidad, y no ocasión de medro personal. Por

supuesto que entre ellos también se corrompe la autoridad en ocasiones, pero tienen la conciencia de que eso está mal y suelen tener mecanismos de corrección, al menos en la medida que el sistema mexicano les permite comprometerse según sus tradiciones.

Con eso buscan hacer de la historia un espacio que posibilite la vida para todos. El "para todos, todo; nada para nosotros" de los zapatistas suena a cosa de otro mundo; tanto así nos hemos acostumbrado a la inmoralidad pública que las esperanzas de rectitud despiertan, cuando mucho, una sonrisa de conmiseración. Pero a eso están apostando los indígenas: a un estilo de relaciones en el que no se pretenda dominar a otros; en el que se acabe con la cultura del compadrazgo, de las influencias, de las decisiones impuestas desde arriba y en favor de unos cuantos. En lugar de eso proponen decisiones consensadas en la base, gestadas en una fuerza política de oposición que organice las demandas y propuestas de los ciudadanos de tal manera que "el que mande, mande obedeciendo".

Esa concepción de la autoridad, que parece tan provocativa y novedosa, tiene ya una larga y noble historia. Los indígenas han guardado viva la tradición democrática y, desde su experiencia, proponen buscar la solución de los problemas sin la intervención de partidos políticos. Y desde su experiencia de verdadera democracia proponen luchar contra las políticas que favorecen la concentración del poder político y económico en manos de un grupo de fuerza.

¿Cómo gobernar sin *dedazos*, sin favoritismos, sin imposiciones, sin *mayoriteos*, pero con algo más contundente: los consensos logrados por unanimidad (*unus animus*: una coincidencia de corazón, de pensamiento)? Parece sueño imposible en nuestra 'cultura' política; pero es realidad cotidiana en la vida de las comunidades indígenas auténticas y es lo que nos aportan.

Por eso se oponen al TLC: Porque saben que los (nos) meterá a un mundo del mercado en el que ellos y sus formas de producción no cuentan. Para el mercado cuenta sólo lo que tiene valor de compra-venta. Pero el indígena sólo tiene su tierra y no la pone a venta; ¡sería vender a su madre! Tampoco tienen como norma y criterio el esclavizante ritmo de trabajo del mundo de la productividad industrial. Por eso —concluye la modernidad— hay que ignorarlos, prescindir de ellos.

Frente a esta mentalidad, que favorece el enriquecimiento del grupo en el poder y unos cuantos privilegiados, ellos viven y proponen la socialización del trabajo y de los beneficios en un mercado interno no orientado a la acumulación para ganancia de unos cuantos, sino a aportar en beneficio de la comunidad, no a vivir de ella, como es el estilo burócrata. Y para hacerlo posible proponen la construcción de una fuerza política que luche contra la concentración del poder, pero sin tener el poder.

No buscan el logro de algunos acuerdos de tipo meramente pragmático. Les importa más la participación del pueblo pobre, del pueblo cuya voz no ha sido tenida en cuenta durante siglos. Eso hace entendible la necesidad de consultar con sus bases lo que se va negociando, y de conservarse como un grupo que representa la situación, las necesidades y las aspiraciones de mexicanos hasta ahora crudamente marginados.

Esto es algo común en diferentes etnias, y resulta novedoso en un país cuya historia ha estado marcada muchas veces por el caudillismo, por las posturas autoritarias, por los arreglos copulares no sólo a nivel nacional, sino, y sobre todo, en el ámbito de las relaciones internacionales, que no han hecho más que subrayar y consolidar la dependencia. Tan novedoso es, que el gobierno y muchos políticos y analistas lo consideran mentira o pretexto. Como viven, piensan.

La diferente manera de pensar resultó dramática en la manera como se interpretó la presencia de los varios miles de indígenas que acudieron a San Andrés Sakam'chen (San Andrés de los Pobres como comenzaban ellos a llamarlo) para constituir el cinturón de la paz. La intención de ellos era dar apoyo y proteger a sus representantes. Dar volumen a sus demandas en un país que no tiene la costumbre de escucharlas. Infortunadamente, la representación gubernamental interpretó esta expresión solidaria como una amenaza, como una evidente falta de seguridad para las negociaciones. Es curioso que un grupos de indígenas desarmados haya provocado tal inseguridad a quienes contaban con la presencia cercana de más de 50,000 efectivos de un Ejército fuertemente armado.

### **Cómo se vive el federalismo y la corresponsabilidad**

El gobierno ha querido que se reduzcan en sus demandas a lo local. Por eso la actitud no sólo de displicencia sino de franca ofensa que tomó la delegación gubernamental en la mesa II de Sakam'chen.

Cuando ésta pretendió que se quedaran sólo los asesores y Marcos para preparar los acuerdos de esta etapa, estaban desenmascarando su verdadero rostro de desprecio por los indígenas, a quienes atribuyen una falta de conciencia nacional y de sentido de pertenencia. Pero ellos han mostrado que no son gente refundida en el reducto de sus tradiciones cerradas sobre sí mismas, sino con identidad propia y conciencia de derechos. La manera como los ve el centro nace de una concepción obtusa de federalismo, desconocedora de la interrelación que exige el interés de unos por los asuntos de todos. Eso es evidente en el mundo indígena y campesino.

Por eso los indígenas chiapencos rechazan reducirse a asuntos locales: porque la solución y el alcance de la problemática de Chiapas no tiene un origen y una dimensión puramente local, y porque tienen clara conciencia de pertenencia nacional. Las exigencias de autonomía no buscan una supuesta independencia de México, sino la vigencia de un verdadero pacto federal que los integre como diferentes, precisamente porque son iguales.

Y por esto, aunque son una minoría sin poder, han puesto en jaque a la ideología dominante sin otra arma que su coherencia y capacidad de esperanza. A diferencia de otros, grupos sociales, que han perdido su identidad, una gran parte de los indígenas del país son pobres sin complejos, que asumen su responsabilidad histórica desde una honda conciencia de identidad: "Podrá morir el rostro oculto de quien la nombra hoy, pero la palabra que vino desde el fondo de la historia y de la tierra ya no podrá ser arrancada por la soberbia del poder", dicen en la 4ª Declaración de la Selva Lacandona.

Desde esa conciencia de identidad a flor de piel, son ejemplo para la construcción de la "sociedad civil", uno de cuyos obstáculos principales es el miedo al cambio, a perder status y privilegios. Las etnias indígenas son un ejemplo de cómo compaginar apertura a la novedad y conservación de tradiciones.

Estamos asistiendo al surgimiento de un indigenismo abierto a todas las etnias, que sea espacio para esa novedad de país que se va gestando y que pretende la refundación de la nacionalidad mexicana, en la que los puentes tendidos unirán a los diferentes.

Para eso, la tarea educativa deberá orientarse a fortalecer la propia identidad y a acoger la identidad de los diferentes. Eso posibilitará una nueva concepción de autonomía, entendida no como independencia y lejanía de competidores distantes, sino como

interdependencia cercana y entrañable de quienes, desde la conciencia de ser diferentes, se atreven a soñar y construir un destino común, el todo que es México, en el que el mundo técnico se enriquezca con la sabiduría indígena y con la utopía de aquel grito imposible: "Para todos, todo; nada para nosotros".

## **Poseerás la tierra**

Esta cuestión es uno de los principales generadores de violaciones de los derechos humanos. Para resolver esta problemática los asesores e invitados del EZLN proponen que el actual artículo 27 se reforme para retomar su orientación original; propiedad comunal de una tierra inembargable, imprescriptible, inalienable.

Por esos derechos están siendo amenazados seriamente por la guerra de baja intensidad, que amenaza la paz y la vida seriamente. Su consecuencia es la paralización de la fuente de la vida de los indígenas: el ciclo del maíz. De hecho grupos importantes de tseltales, tsotsiles, choles, tojolabales, están viviendo un verdadero sitio, que busca rendir por hambre a los que sólo buscan el rescate de su dignidad. Para que tengan que mendigar lo que se les debe en justicia.

Las siembras se han interrumpido por el miedo. Miedo a los aviones, que pueden sembrar la muerte. Miedo a dejar su casa para ir a sembrar. Miedo a la violencia de las revisiones del ejército. Miedo a sufrir agresiones de parte de quienes deberían garantizar la paz, la vida. Por ese miedo no se ha podido recoger el café, que aliviaba en algo las empobrecidas economías.

Los indígenas, víctimas de la ambición de los caxlanes, han sido despojados siempre de las mejores tierras. Muchas veces han hecho demandas legales para recuperarlas. En muchos casos la SARH ha fallado a su favor. Pero las argucias de los caxlanes han logrado que alrededor del 40% del rezago agrario corresponda a Chiapas: simplemente no se han ejecutado esas órdenes presidenciales, porque el *amparo* lo manejan a su arbitrio jueces venales. Para algo sirven los amigos en el gobierno. Un caso muestra con más detalle como los indígenas se encuentran en callejones sin salida con el trato que reciben del gobierno en cuestiones agrarias.

## **Un testimonio**

"Los que vivimos en el Estado Chiapas, lamentamos el sufrimiento en las fincas, donde nos pagan muy bajo el salario de tres peso diarios,

y además no nos permiten trabajar en nuestra milpa; no nos permiten buscar cosas en los terrenos, como leña y todo lo que necesitamos en nuestra casa. Y además seguimos siendo mozos, como antes. Lo que queremos es que ya no haya esclavitud. Por eso el señor Hidalgo y Costilla inició el grito de independencia en 1810, para evitar esa esclavitud. Queremos que haya paz y justicia y dignidad en nuestro Estado. Y además lo que más necesitamos los campesinos es el terreno donde trabajamos, donde cultivamos, donde hacemos nuestros alimentos. Es lo que queremos. Los finqueros piensan que lo mismo sigue siendo tal como de principio, como los antepasados que vivieron como si fueran mozos; y ahorita no queremos esa indignidad, esa injusticia. Eso es todo lo que yo pienso”.

### ***Y otro más:***

“Queremos que nos vuelvan otra vez lo que era nuestro. Pero en vez de que nos vendan barato, nos venden muy caro sus ranchos, porque están de acuerdo con las autoridades; los que gobiernan los Estados están de acuerdo con los finqueros de que lo vendan caro, y así como nosotros sólo tenemos 4 mil pesos y algunos rancheros o finqueros lo venden a 20 mil o más lo venden, ¿cómo lo vamos a comprar si no tenemos tanto dinero? Y así nosotros, que estamos en posesión, a veces estamos allí con familia y todo y nos mandan los soldados, los judiciales, los guardias blancas, a quitarnos de allí porque no quieren que estemos allí en posesión de lo que siempre ha sido nuestro. Por eso estamos en lucha, para que se solucione o que lo vendan barato y para eso estamos aquí luchando para que nos devuelvan otra vez nuestros ranchos que siempre nos han pertenecido. Eso es todo”.

Concluía el comandante David al final de una de las mesas de diálogo: “El gobierno nos tiene lastimados, y esta herida que nos ha hecho no se ha curado... El Gobierno Federal siempre nos ha engañado, nos ha mentado, nos ha insultado, nos ha humillado en la mesa de diálogo...”. Varios de los asesores han denunciado esa guerra que, tras una apariencia dialogante de “gente decente”, oculta un racismo denigrante. Una guerra cuyo objetivo es sabotear la organización interna de los indígenas, ahondando las divisiones políticas, económicas, religiosas que enfrentan a unos contra otros al interior de las comunidades.



En este somero recorrido de unos cuantos casos sucedidos, últimamente en la zona más pobre de Chiapas, ajena al conflicto armado, resulta indignante el engaño.

Ante las triunfalistas declaraciones oficiales ¿se puede suponer que se ha abierto para ellos un panorama de paz con justicia y dignidad?. Las declaraciones incrementan la desconfianza más que la posibilidad de diálogo. El incumplimiento de promesas y acuerdos que hemos constatado parece que sólo contribuirán a hacer más difícil el clima de las negociaciones y más complicada la posibilidad de una paz sólida

### **Sin comunidad no hay vida**

Un elemento fundamental en la construcción de la comunidad es la fiesta. Para los occidentales, un aspecto primordial de la fiesta es la diversión. Entre los indígenas este aspecto pasa a segundo término puesto que se considera la fiesta como factor fundamental de construcción de la identidad comunitaria.

De esa manera la comunidad genera un mecanismo de redistribución de los bienes para crear la igualdad: a quien va adquiriendo un status económico superior se le invita a compartir los excedentes con quienes menos tienen, para evitar que se cree la desigualdad en su interior. Eso genera un mecanismo de igualdad no forzada sino voluntaria que, además de ayudar a resolver la problemática económica de la comunidad, redunde en prestigio de quienes contribuyen con sus bienes a restablecer la armonía. A diferencia del mundo occidental no es el prestigio de la riqueza sino del servicio lo que da la medida de la valía de la persona. Porque el dinero no tiene valor en sí mismo sino en cuanto que sirve para mantener la armonía de la comunidad.

Otro factor que se ha perdido en nuestro mundo y que en las comunidades indígenas juega un papel fundamental es la construcción de la armonía entre la comunidad de la tierra y la comunidad celestial. El objetivo de las fiestas indígenas es mantener firmes los lazos entre el mundo sobrenatural y el mundo terreno. Esto nos puede parecer ajeno a este mundo secular y no se puede comprender más que tomando en serio el asunto de la identidad, que está tan perdida entre nosotros.

Identidad en la que el pasado (los ancestros) y el presente y el futuro tienen una relevancia fundamental, hasta el punto de que es la razón de la existencia: alguien que no tiene pasado ni futuro no tiene razón de existir.

Esta identidad debe concretarse en la construcción de la armonía interior, que es la razón fundamental de las fiestas, vividas en la participación de todos sin excepción en la comida y en la bebida. No es de extrañar que en un mundo en donde sólo unos pueden comer y 40 millones de mexicanos sufren hambre, hayamos perdido el sentido festivo, concelebrativo: hemos creado un mundo en el que hay quienes tienen en abundancia y despilfarran lo que otros no tienen. Hemos dividido la humanidad entre la minoría que puede seguir viviendo hasta el exceso y quienes han sido despojados de su lugar de existencia.

En estos tiempos de neoliberalismo, de materialismo y escepticismo tendríamos que recuperar la dimensión reconstructiva de las fiestas tradicionales, porque son como un resumen vivo del ideal de la vida de la comunidad. No son solamente modelos de lo que las comunidades tradicionales creen, sino que son modelos para que lo crean y lo vivan.

## **Educar para vivir**

Los procesos educativos por los que se transmite el acervo cultural y la cosmovisión de la comunidad también presenta grandes diferencias. En el modelo occidental una gran parte del tiempo lo empleamos en convencer a los educandos de que lo que aprenden les servirá para el futuro (cosa que no siempre resulta). Resulta que educamos en la fe, es decir, para un futuro que no siempre es accesible.

El proceso educativo se realiza en gran parte a través de la enseñanza. Hablamos de maestros, profesores, instructores, transmisión de conocimientos, etc., expresiones que indican que el sujeto preponderante y activo de este proceso es el docente, y que la parte pasiva y secundaria es el receptor sobre el cual actúa, es decir, el alumno. El aprendizaje no consiste en otra cosa que en la asimilación de conocimientos que se le imparten al alumno desde fuera.

En una sociedad tan compleja como la nuestra es comprensible esta manera de ver las cosas, al menos en parte. El alumno debe

prepararse para un futuro cuyas necesidades no capta del todo; por eso no puede esperarse que él determine lo que le es necesario para cada momento.

Pero tenemos que poner a prueba esa manera de entender la educación, por que todos tenemos la experiencia de que o se nos han dado una serie de conocimientos inútiles, o se nos han dado de manera inadecuada, o se nos ha sobrecargado de conocimientos inadecuados para el momento pedagógico en el que estábamos. Tal es el caso por ejemplo de la enseñanza de la filosofía del lenguaje (que eso viene a ser la gramática) en momentos en que los alumnos no pueden asimilar tales conocimientos.

En el mundo indígena en cambio no existe un concepto que exprese la noción de enseñanza. Porque en el mundo indígena no se enseña sino que se aprende. Lo cual hace una diferencia sustancial.

A un niño tarahumar nunca se le dan instrucciones teóricas sobre cómo manejar un machete, ni a las niñas sobre cómo hacer tortillas, o remendar. Se les deja actuar y equivocarse hasta que mediante la observación de los adultos y la práctica logren actuar como se debe. Un niño tarahumar tenía que traer el agua para hacer las tortillas. Por un descuido se le olvidó y ese día no hubo comida. Al llegar el jefe de familia sólo preguntó "¿Por qué no hay tortillas?". La mamá respondió: "Porque no había agua para hacerlas". El niño salió a perderse por vergüenza aunque sabía que nadie lo iba a castigar. El castigo era el hambre de ese día de toda su familia. Por supuesto no le volvió a pasar eso en toda su vida.

En una vida dedicada a la autosubsistencia lo verdaderamente urgente es el aprendizaje para el presente, no para el futuro. Y esos conocimientos no se le entregan al sujeto, sino que debe adquirirlos por sí mismo. Por eso esa frase común entre los tseltales: "es necesario que cada uno se haga sabio a sí mismo". Al que nosotros llamamos maestro o profesor los tseltales le llaman "el que hace aprender"; eso hace descubrir que el papel preponderante lo tiene el alumno. No recibe los conocimientos de parte de otro, sino solamente la ayuda para la acción de aprender, de la cual él es el sujeto principal.

No podemos quedarnos en una visión idílica del mundo indígena. La adecuación de la enseñanza de su mundo responde en parte a lo

sencillo de la enseñanza que se transmite, pero se trata de una enseñanza adecuada a su mundo. ¿Se podría decir que la enseñanza que se transmite en las escuelas es la adecuada a las necesidades del mundo moderno? ¿No resulta más bien una antieducación en muchos aspectos? ¿Hemos puesto a crítica por ejemplo las actitudes de competencia que están detrás de la llamada excelencia académica generadora del neoliberalismo voraz y egoísta que se constituye como en el ambiente normal de nuestra existencia? ¿Las múltiples reformas educativas que ha habido han tenido en cuenta estas orientaciones?

### **¿Qué buscan los indígenas en Chiapas?**

El gobierno pide a “los que se inconformaron” que aclaren lo que piden. Estas reflexiones quieren ayudar a aclarar las necesidades fundamentales de los indígenas que ellos plantearon desde los primeros días del año y que aún no han recibido respuesta adecuada. Porque desde hace un año se habla de la justicia de sus demandas. Pero nada se ha resuelto de fondo.

Las verdaderas exigencias, planteadas desde el inicio del conflicto, y que expresan necesidades no sólo de los indígenas mayenses, sino de todas las etnias, son, a mi entender fundamentalmente tres: ser tratados como mexicanos con plenos derechos, y ser respetados en su propia identidad etnocultural, una de cuyas exigencias fundamentales es el respeto a su territorio, es decir, el derecho a la tierra.

La primera ser tratados como mexicanos con plenos derechos, es lo que está detrás de las exigencias de mejoras materiales. No piden simplemente agua potable, luz eléctrica, servicios de salud, de educación, sino piden eso porque es lo que tienen todos los mexicanos (o, al menos, aquello a lo que tienen derecho). No como limosnas o como migajas sino como la condición normal de la vida.

La segunda, ser respetados en su identidad etnocultural, implica el respeto a su cultura, a su lengua, a sus formas de gobierno y a sus autoridades. La exigencia de una relativa autonomía no busca, como algunos pretenden, una independencia indígena, sino lo que está expresado en el ideal federal, nunca vivido en serio en nuestra patria por el centralismo absurdo que padecemos.

En teoría los municipios son autónomos, aunque relacionados con el conjunto de la nación. No es otra cosa lo que piden los indígenas: municipios y autoridades municipales verdaderamente democráticos, respetados como iguales por el conjunto de la nación, y representantes indígenas en los órganos legislativos estatales y federales.

La tercera es la más englobante y la más difícil de cumplir: el respeto a su derecho a la tierra. Para el indígena la tierra no es un objeto de compraventa, - ¡como no lo es la madre!- sino de quien viene la vida. Esta sola perspectiva hace comprender lo absurdo que les debe resultar la reforma del 127 constitucional, que posibilita la propiedad de la tierra como objeto de comercio.

Se trata del derecho a la tierra de los antepasados, de la que han sido despojados secularmente, injustamente. Un indígena sin tierra es un ser humano sin raíces, sin identidad.

A esta luz, la injusticia del rezago agrario cobra su dimensión real. Por triquiñuelas legales, por amparos mañosos, se ha postergado por decenas de años la ejecución de la dotación de tierras concedidas por orden presidencial. Es la herida más honda que se puede hacer a un ser humano: sin tierra no tiene autonomía, y tiene que depender de otros para sobrevivir. Eso ayuda a entender la seriedad del grito de rebeldía de los indígenas chiapanecos, por un lado en el alzamiento armado, por otro en la toma de posesión de esas tierras precisamente.

Hay otras exigencias políticas que sólo sorprenden a quienes desconocen el grado de la conciencia política de los indígenas, sobre todo los mayenses. Ellos comprenden que, a la base de todos sus problemas, está la falta de democracia a nivel estatal y nacional y que, mientras eso no se resuelva, toda solución resultará insuficiente. Y si hablan de democracia es porque saben de ella. Porque, si en algún lugar de la patria realmente se vive la democracia, es entre ellos, en la elección de sus autoridades, en su mandar obedeciendo, en la impartición de justicia al interior de las comunidades.

## Conclusión

Llama la atención la dificultad con la que se han desarrollado los diálogos en Sakam'chen. Y desde la perspectiva occidental seguramente que muchos estarán de acuerdo con la impaciencia mostrada por el

sector oficial respecto de la lentitud de avance del diálogo. Pero menos creíble es el gobierno cuando de pronto dice querer resolver de manera inmediata las demandas históricas que ha desatendido durante cinco siglos. Nuestro mundo occidental se ha distinguido por la insensibilidad ante los tiempos y ante las condiciones de otras culturas. Y con frecuencia hemos avasallado a quienes no piensan como nosotros.

Lo que está en conflicto entre otras cosas, son dos concepciones de tiempo y dos estrategias: la estrategia de los pobres y la estrategia de los prepotentes. El sector oficial considera este asunto como batalla ganada y que los zapatistas no están en posibilidad de poner condiciones. Tal vez esté dispuesto a reconocer que se han cometido en el pasado algunas injusticias, pero como vienen de 500 años atrás, nadie resulta culpable en el presente. Por eso la única posición sensata que les queda a los indígenas es recibir agradecidamente lo que graciosamente el estado quiera concederles. Pero de ninguna manera estaría dispuesto a reconocer que es precisamente el sistema el causante de esa injusticia.

Y no hablemos de la injusticia secular, sino de la de ahora, de la que seguimos siendo responsables y testigos: la selva se ha convertido en un gran aserradero; durante años se ha concesionado la tierra a quienes no tenían derechos ni eran sus dueños; se despojó de sus tierras a los indígenas. Y con la destrucción de la selva se condenó a la miseria a los legítimos dueños de sus territorios.

A los largo de estos 500 años los indígenas no han estado pasivos ante estas injusticias. De eso dan testimonio las rebeliones que se han sucedido una tras otra en todo este tiempo. Ahora nos encontramos ante una nueva propuesta contra esa injusticia. La diferencia con otros momentos de rebelión y de propuestas es que nos encontramos ante un punto final: no están dispuestos a aceptar soluciones en las que no se reconozca su dignidad y la justicia de su causa. Este es, desde el punto de los indígenas, el núcleo del problema: el hondo sentido que tienen de la dignidad. Esto es lo que no ha entendido ni el gobierno ni nuestra sociedad: quienes hemos de pedir perdón somos nosotros, el mundo occidental donde incluso hemos acuñado un término de origen incierto, pero muy expresivo: "agandallar", para describir la conducta que caracteriza a una buena parte del astuto e injusto mundo nuestro.

Bien lo expresó la Comandante Ramona, recién salida de una enfermedad de esas de la pobreza: "en nuestras comunidades las niñas tienen desnutrición; cuando todavía no acaban de crecer, ya son mamás; muchas mujeres mueren en el parto, dejando muchos niños huérfanos. Cuando una mujer indígena tiene 30 ó 40 años su cuerpo ya parece viejo; está lleno de enfermedades. Todo esto acaba con nuestra felicidad, con nuestra salud".

Y termina con un grito que cuestiona a la conciencia nacional, por mucho que pese a algunos que los indígenas tengan tal nivel de conciencia: "las mujeres vamos a creer en las palabras de paz sólo si los soldados del gobierno no están amenazando nuestra cabezas; sólo si su ejército no está apuntando sobre las cabezas de nuestros hijos".

[Tomado de CHRISTUS, MEXICO, 696 (septiembre-octubre 1996), 27-33]